



GALAXIA
Ciencia-Ficción

F. Pohl y C.M. Kornbluth

LA LUCHA

La Tierra ha sido sacada de su órbita alrededor del Sol por un planeta errante, cuyos habitantes tienen sus propios planes para los recursos de la Tierra. La Humanidad se extingue lentamente, pero hay quienes desafían esta situación y rehúsan entregarse. Temidos por los ciudadanos normales, estos Lobos están preparando la vuelta a la lucha contra los alienígenas.

1

Roger Germyn, banquero de Wheeling, al oeste de Virginia, un Ciudadano, se despertó suavemente de su sueño sin pesadillas de Ciudadano. Era la tercera señal para levantarse, la hora apropiada para apreciar un día de excepcionales posibilidades.

El Ciudadano Germyn se vistió con la ropa adecuada para apreciar grandes obras, como la vista de las ruinas del Empire State, envueltas en nubes de tormenta, desde un pequeño bote; o pasear solo, en silencio, a lo largo del puente de la Puerta de Oro. O, como hoy —se esperaba que fuera hoy—, presenciar la recreación del Sol.

Germyn asumió con dificultad la calma necesaria a un Ciudadano, ya que a veces se cae en la tentación de pensar cosas impropias: ¿Sería recreado el Sol? ¿Qué pasaría si no lo fuera? Se concentró en su traje. Para empezar, se puso una vieja e historiada pulsera, una auténtica pulsera de identidad de pesados eslabones de plata y una placa en la que estaba inscrito: *Pfc Joe Hartmann. Corea, 1953.*

Sus amigos aficionados a las joyas le hubieran envidiado la pulsera, si hubieran sido capaces de sentir una emoción como la envidia. Se suponía que no existía en todo Wheeling una pulsera de identidad tan antigua como aquella, que tenía ya doscientos cincuenta años. A continuación se puso su mejor camisa y unos pantalones claros y, sobre ellos, una amplia trenca cuyas costuras habían sido cuidadosamente disimuladas. Cuando el Sol era recreado, cada

cinco años más o menos, era costumbre cambiar la trenca de forma y desgarrarla de acuerdo con las cuidadosas formas prescritas... pero no tan drásticamente que no se pudiera volver a coser otra vez. De ahí las costuras disimuladas. Hacía ya cuarenta y un días, según sus cuentas, que él y todos los de Wheeling llevaban las ropas adecuadas para la recreación del Sol, que ya no era blanco, ni amarillo fuego, ni siquiera rojo brillante, sino que desde entonces presentaba un color pardo oscuro, cada vez más oscuro.

Nunca, pensó el Ciudadano Germyn, había estado tan oscuro y tan frío en toda su vida. ¿Era quizá la ocasión para una visión especial? Porque seguramente nunca más volvería a tener esta oportunidad de ver al viejo Sol tan próximo a la muerte...

Esperaba.

El Ciudadano Germyn completó su vestuario gravemente, concentrando su pensamiento en el hecho mismo de vestirse. Sin lugar a dudas, era su especialidad, y cuando hubo terminado pensó que lo había hecho bien, con los tradicionales gestos ondulantes, pero sin brusquedades, balanceándose suavemente sobre los talones. Todo estaba perfectamente realizado y nadie sino él pudo verlo.

Despertó a su mujer con delicadeza, poniéndole la palma de la mano sobre la frente mientras ella yacía en la posición adecuada, de acuerdo con el estilo prescrito, en la tercera parte de la cama correspondiente a la mujer.

El calor de la mano penetró gradualmente en los estratos del sueño; abrió los ojos con coquetería.

—Ciudadana Germyn —la saludó, haciendo el gesto de confirmación de identidad con su mano izquierda.

—Ciudadano Germyn —contestó ella, con el movimiento de cabeza de confirmación de identidad que estaba prescrito cuando las manos están cubiertas.

Se retiró a su pequeño estudio a esperar.

Era el momento apropiado para meditar en las propiedades de la conexión. El Ciudadano Germyn era muy hábil

en la meditación, aunque fuera banquero. Era un don en el que se había autoeducado desde su más tierna infancia.

El Ciudadano Germyn, de rostro joven y sereno, de cuerpo delgado, erguido sobre la silla en que estaba sentado, pero nunca tenso ni forzado, se hallaba completamente embebecido, ajeno a todo sonido, visión o sentimiento externo que pudiera interferir la meditación. Su mente guardaba un vacío absoluto salvo para un problema capital: la conexión.

Sobre su cabeza, tras él, fuera de su vista, el aire frío de la habitación parecía espesarse y formar una burbuja; una burbuja de aire.

Había un nombre para esas burbujas de aire; habían sido vistas con anterioridad; su existencia era conocida en Wheeling y en todo el mundo. Vinieron. Revolotearon. Y después se fueron, no siempre solas. Si alguien hubiera estado en la habitación con el Ciudadano Germyn, habría advertido una distorsión, un retorcimiento de lo que había detrás de la burbuja, como un cristal estropeado, un cristalino; como un ojo. Y se llamaban Ojos.

Germyn meditaba...

La burbuja de aire creció y se movió lentamente. Una corriente vagabunda salió de ella retorciéndose, cogió un trozo de papel y lo arrastró por el suelo. Al agitarse Germyn, la burbuja se retiró.

Germyn, ajeno a todo, disciplinaba sus pensamientos, despreciando la interrupción, y volvió al problema capital de la conexión. La burbuja revoloteó...

Desde la otra habitación, su esposa, carraspeando tres veces, le advirtió que ya estaba decentemente vestida. Germyn se levantó para dirigirse hacia ella, su mente volvió al mundo; y el Ojo que estaba sobre su cabeza giró incansablemente y desapareció.

Algunos kilómetros al este de Wheeling, Glenn Tropile, un sabelotodo que se preguntaba para sus adentros si él era un ser humano, despertó en el sofá de su apartamento.

Se sentó tiritando. Hacía frío. Un frío asqueroso. El condenado sol estaba todavía endemoniadamente oscuro, y el apartamento estaba húmedo y frío.

Había tirado las mantas mientras dormía, ¿por qué no podía aprender a dormir sin revolverse, como los demás? Echando de menos una bata, las recogió, se enrolló en ellas y se dirigió hacia la ventana desprovista de cristales.

Era habitual en Glenn Tropile el despertarse en su sofá. Esto sucedía porque Gala Tropile tenía mal genio y solía expulsarlo de la cama después de alguna pelea, y él sabía que siempre tenía superioridad sobre ella durante todo el día siguiente a la noche de su exilio. Así, pues, la pelea valía la pena. Una superioridad era, por definición, preferible a lo que se pudiera pagar por ella... De lo contrario, no era superioridad.

Podía oírla deambular por las habitaciones y aguzaba el oído, satisfecho. Ella no lo había despertado. Por tanto, estaba a punto de enmendarse. Sintió una ligera picazón en la espina dorsal o en el cerebro, pero no era una sensación física, por lo que no pudo localizarla; solo podía estar seguro de que estaba allí. Cesó de preocuparle momentáneamente; estaba maquinando una disputa. Era propio de la naturaleza de Glenn Tropile ganar las disputas, y organizarlas.

Gala Tropile, joven, morena, atractiva, de mirada altiva, entró llevando un tentador café que tenía guardado en secreto.

Glenn Tropile fingió ignorarlo. Miró por la ventana el frío paisaje. El mar, blanco, con una delgada capa de hielo, apenas se distinguía; tan lejos se había retirado a medida que el pequeño sol íbase desvaneciendo.

—Glenn...

¡Cielos! *Glenn*. ¿Dónde estaba la fórmula adecuada para saludar al marido por la mañana? ¿Dónde estaba el carraspeo prescrito para entrar en una habitación? Asiduamente le había hecho olvidar el meticuloso ritual de comportamiento en que todos ellos habían sido educados; y la mayor de sus muchas victorias era que, a veces, era *ella*, ahora, el agresor; *ella* sería la primera en abandonar el comportamiento formal prescrito para los Ciudadanos. ¡Depravación! ¡Perversión! A veces se acariciaban en los momentos que no eran los apropiados para estar juntos; Gala se sentaba en las rodillas de su marido al caer la tarde, o Tropole la besaba por la mañana al despertar. A veces la forzaba para que le dejase verla vestirse; no ahora, porque el frío no hacía atractivos esa clase de retozos, pero se lo había permitido otras veces, y tal era su poder sobre ella que sabía que se lo permitiría de nuevo, cuando el Sol fuera recreado...

«Si —pensó—, si el Sol llega a ser recreado».

Abandonó el frío panorama de la ventana y se volvió hacia su mujer.

—Buenos días, cariño.

Estaba contrita.

—¿De verdad crees que son buenos? —preguntó furioso. Deliberadamente se desperezó, bostezó y se rascó el pecho. Todo lo que hacía era feo. Gala Tropole se estremeció, pero no dijo nada.

Tropole se dejó caer en la mejor de las dos sillas, sacando una de sus piernas peludas por debajo de las mantas. Su esposa estaba de un humor excelente, según su opinión. Ella no lo perdía de vista.

—¿Qué traes ahí? —preguntó—. ¿Café?

—Sí, querido. Creí...

—¿De dónde lo has sacado?

La mirada altiva se desvió. «Estupendo —pensó Glenn Tropole, más satisfecho que nunca—; ha estado otra vez sa-

queando un viejo almacén». Era un truco que le había enseñado, y como todos los trucos ilícitos que ella había aprendido de él, era un arma hábil que convenía usar. No estaba prescrito que una Ciudadana revolviere en los Cementerios de Cosas. Un Ciudadano trabajaba, cualquiera que fuera su ocupación, banquero, panadero o ebanista. Recibía el salario que le fuese debido por su trabajo. Un Ciudadano *nunca* cogía nada que no fuera suyo, ni siquiera lo que estuviera abandonado y destinado a perecer.

Era una de las diferencias entre Glenn Tropile y la gente que le rodeaba.

«Ahora ya lo tengo», se recreó; era lo que necesitaba para afianzar su victoria sobre ella.

—Te necesito a ti más que al café, Gala —dijo.

Alzó la mirada preocupada.

—¿Qué harías —preguntó— si un día te cae una viga mientras estás birlando víveres? ¿Cómo puedes exponerte de esa manera? ¿No sabes lo que significas para mí?

Ella resopló un par de veces y tartajó:

—Cariño, lo de anoche... lo siento...

Y tristemente le entregó la taza. Él la cogió y la dejó a un lado. Tomó su mano, la miró y se la besó con dilación.

La sintió temblar. Después le dirigió una salvaje mirada de adoración y se arrojó en sus brazos.

Un nuevo ciclo de dominación había comenzado en el momento en que él le devolvió sus frenéticos besos.

Glenn sabía, y Gala también, que él tenía sobre ella una ventaja, una superioridad; la medida del tiempo; la iniciativa; el porcentaje; el no perder las energías. Llámese como quiera, pero era la vida misma para la especie de Glenn Tropile. Glenn sabía, y Gala también, que teniendo la superioridad, él podía presionar y ella se rendiría una y otra vez en una espiral ascendente. Él lo hacía porque era su vida: conseguir una superioridad sobre cualquiera que se encontrara; porque él era un Hijo del Lobo.

En un mundo lejano se alzaba sombríamente una pirámide en la llanura de la cumbre más alta de los montes Himalaya.

No había sido construida allí. No había sido llevada allí por el hombre o sus máquinas. Había surgido en su tiempo y por sus propios medios. ¿Despertó aquel día la cosa que estaba sobre el Monte Everest, o durmió siempre? Nadie lo sabía. Estaba allí en pie o sentada, con forma parecida a un tetraedro. Su apariencia era conocida; estaba construida sobre una base de unos treinta metros estaba llena de escoria y tenía un color azul oscuro. Apenas se sabía más de ella.

Era la única de su clase en la Tierra, aunque los hombres pensaban (sin mucha seguridad) que había más, quizá muchos miles más, en el planeta tan poco familiar que era ahora la Segunda Tierra, que giraba alrededor del minúsculo Sol que pendía de su común centro de gravedad. Pero los hombres sabían muy poco acerca de aquel planeta. Solo que había aparecido en el espacio y que ahora estaba allí.

Hubo un tiempo en que los hombres habían tratado de clasificar ese planeta, hacía ya más de dos siglos, cuando apareció por primera vez. Lo habían llamado «Planeta Fugitivo», «El Invasor», «Regocijaos con el Mesías, el Día está Próximo». Pero las denominaciones eran tremendamente malas y carentes de sentido; eran la *x* de una ecuación, y solo significaban que había *algo* que era desconocido.

«El Planeta Fugitivo» dejó de huir cuando se acercó a la Tierra.

«El Invasor» no invadió; se limitó a enviar un tetraedro de escoria de color azul oscuro al Everest.

Y «Regocijaos con el Mesías» le robó el Sol a la Tierra y convirtió a la antigua luna de la Tierra en un Sol minúsculo de su propiedad.

En aquel tiempo los hombres eran robustos y vigorosos, o al menos creían que lo eran; tenían enormes ciudades y máquinas poderosas. No importaba. El nuevo planeta no mostraba interés alguno por las ciudades o las máquinas. Había una plaga de cosas como Ojos, nubes de polvo, pero sin polvo, aire inmóvil que de repente se tensaba y temblaba adoptando formas lenticulares.

Vinieron con el planeta y la Pirámide; por eso debería haber alguna relación entre ellos, pero no había nada que hacer con los Ojos; golpearlos era como golpear el aire; de nada servía.

Mientras los hombres y las máquinas trataban inútilmente de hacer algo que lo remediasse, el nuevo sistema binario —el planeta extraño y la Tierra—, empezó a moverse, con lentísima aceleración.

En una semana los astrónomos supieron que algo estaba sucediendo. En un mes la luna voló en llamas y se convirtió en un nuevo sol, que empezaba a ser necesario, porque ya el padre Sol estaba visiblemente más distante y en unos años fue solo una estrella más.

Cuando el pequeño sol inferior se hizo escoria, ellos, quienquiera que fueran, porque los hombres sólo vieron la Pirámide, colgaron uno nuevo en el firmamento. Esto lo hacían cada cinco años más o menos. Era la misma luna vieja convertida en sol; pero se quemaba y era necesario volver a encender el fuego. El primero de esos soles había contemplado una población terrestre de diez mil millones. A lo largo de esta serie de soles que aumentaban y disminuían, hubo cambios: fluctuación climática; diferencias enormes en la cantidad y calidad de radiación de la nueva fuente de energía.

Los cambios fueron tales que el cuadragésimoquinto sol lució sobre una raza humana contrahecha que no llegaba a los cien millones.

Un hombre fracasado es siempre introvertido; lo mismo pasa con las razas. Los cien millones que se apegaban a la

existencia carecían de la intrepidez y de la audacia de aquellos diez mil millones.

La cosa que había en el Everest también recibió en su tiempo muchas denominaciones: El Demonio, El Amigo, La Bestia, Una Pseudo-Viviente Entidad de Desconocidas Propiedades Electroquímicas.

Todas las denominaciones fueron también una x.

Si hubiera despertado esa mañana no hubiera abierto sus ojos, porque no tenía ojos, aparte de los temblores de aire que podían o no pertenecerle. Si hubiera tenido ojos, se los habrían sacado, pero no los tenía. Podrían haberle quebrado las piernas; carecía de ellas. O ensordecerle los oídos; tampoco tenía. Habría sido posible envenenarla a través de la boca, de existir una boca. Frustrar sus intenciones, sus acciones... Aparentemente no tenía ninguna.

Estaba allí; eso era todo.

Ella y otros como ella habían robado la Tierra, y la Tierra no sabía por qué. Estaba allí. Y la única cosa que no cabía hacer en la Tierra era hierla, coaccionarla de alguna forma, sea cual fuere. Estaba allí, y ella o los propietarios a los que representaba poseían la Tierra por derecho de hurto. Totalmente. Más allá de la esperanza humana de demanda o reparación.

2

El Ciudadano y la Ciudadana Roger Germyn bajaban por la calle Pine en medio del frío y la oscuridad de la mañana — al parecer— de la recreación del Sol.

Existía el convenio de comportarse como si esta fuera una mañana como otra cualquiera. No era correcto lanzar frecuentes miradas esperanzadas al firmamento ni parecer molesto o temeroso, porque éste era, después de todo, el cuadragésimo primer día en el que todos aquellos cuya especialidad era la Observación Celeste habían llegado a creer que la recreación del Sol estaba próxima.

El Ciudadano y la Ciudadana intercambiaron la señal de confirmación de identidad con unos viejos amigos y se detuvieron a charlar. Éste era también un hábil convenio alejado del propósito; la conversación no tenía importancia para nada de lo que cualquiera de los participantes pudiera saber, o pensar o desear preguntar. Germyn declamó a sus amigos un poema de veinte palabras que había hecho en honor de la ocasión y escuchó sus réplicas. Siguieron la línea de conducta marcada durante un rato hasta que alguien frunciendo el entrecejo indicó cansancio y deseo de cambiar. El juego fue diestramente acabado con un cambio rimado.

Germyn miró casualmente hacia arriba. La transformación del cielo no había comenzado todavía. El agonizante Sol colgaba aún en el horizonte, entre el Este y el Sur, mucho más al Sur que al Este. «Es un pensamiento feo, pero

supongamos —pensó Germyn—, sólo *supongamos* que el Sol no sea recreado hoy, ni mañana ni...».

Ni nunca.

El Ciudadano se recuperó y le dijo a su mujer:

—Comeremos en el tenderete de las papillas de avena.

La Ciudadana no contestó inmediatamente. Cuando Germyn la miró con sorpresa disimulada, vio que miraba con fijeza, a través de la sombría calle, a un ciudadano que caminaba a grandes zancadas, balanceando los brazos desmañadamente.

—Ése puede ser más bien un Lobo que un hombre —se dijo pensativa.

Germyn conocía al tipo. Su nombre era Tropile. Uno de esos individuos extraños que han construido sus casas fuera de Wheeling, aunque no fueran granjeros; Germyn había tenido relaciones bancarias con él.

«Es un tipo descuidado —pensó— y un mal educado». Se dirigieron hacia el tenderete de las papillas de avena con el paso de Ciudadanos, los brazos flexibles, los pies ligeramente levantados, un poco echados hacia adelante. Era el antiguo paso de las mil quinientas calorías al día; así no había posibilidad de malgastar más.

Eran necesarias más calorías. Muchas para caminar, muchas para procurarse alimento, muchas para los placeres económicos de los Ciudadanos y muchas más... —¡Oh, muchas, muchas más!— para preservarse del frío en aquellos días. Sin embargo, no había más calorías; la dieta que todo el mundo observaba era una mera ración para subsistir. Se hacía imposible cultivar bien la tierra cuando la mitad del suelo terrestre estaba parte del tiempo inundada por el creciente mar y el resto sofocada por la nieve. Los Ciudadanos sabían esto, y conociéndolo no luchaban. Era inútil luchar cuando estaban convencidos que no podían vencer. Únicamente luchaban los Lobos, alardeando de calorías, sin preocuparse por los resultados.

El Ciudadano Germyn dirigió sus pensamientos hacia cosas más agradables. Se permitió el lujo de gozar anticipadamente de la papilla de avena. Estaría caliente en el tazón, templada en la garganta y sería un placer para el estómago. Se podía gozar ampliamente allí, en un tiempo como aquel, en que el frío se cuele por las abiertas junturas y el viento llega de las laderas de las colinas. No es que el frío produjera placer, pero era lógico que hiciera frío ahora, poco antes de la recreación del Sol, cuando el viejo Sol estaba rojo humeante y el otro no se había iluminado todavía.

—Continúa pareciéndome un Lobo —murmuró su mujer.

—Ya está bien —reprobó Germyn a su Ciudadana, pero le quitó importancia al asunto con una Sonrisa de Desviación. El hombre de los feos modales estaba plantado en la barra del tenderete de papillas de avena hacia el que se dirigían. En la oscuridad de la media mañana parecía construido de ángulos y líneas tensas; su cabeza se inclinaba descuidadamente sobre el hombro, mirando hacia la parte de atrás del tenderete donde el vendedor estaba midiendo el grano rítmicamente con un puchero; sus manos descansaban descuidadamente sobre el mostrador, sin colgar a los lados.

El Ciudadano Germyn percibió un ligero estremecimiento de su mujer. Pero no volvió a reprobarla, porque comprendió que no tenía derecho a hacerlo. La exhibición era francamente desagradable.

—Ciudadano, ¿podríamos comer hoy con pan? —susurró ella.

Él vaciló y volvió a mirar al hombre feo. Al fin dijo indulgentemente, con plena conciencia de su generosidad:

—El día de la recreación del Sol, la Ciudadana puede comer con pan. —En vista de la ocasión, era sólo un pequeño favor, si bien muy apropiado.

El pan era bueno, muy bueno. Se repartieron el medio kilo y comieron en silencio, como el manjar merecía. Germ-

yn terminó su primera porción y, durante la pausa prescrita antes de comenzar la segunda, decidió ejercitar sus ojos.

Hizo una seña con la cabeza a su mujer y salió al exterior. Sobre él, el viejo Sol esparcía sus últimas briznas de calor. Era mayor que las estrellas que lo rodeaban, pero muchas de ellas casi igualaban su brillo.

—Ciudadano Germyn, buenos días —exclamó a su lado una voz de hombre en un tono muy alto.

Germyn había sido sorprendido inesperadamente. Apartó sus ojos del cielo, se volvió, miró la cara de la persona que le había hablado, levantó su mano con la señal de confirmación de identidad. Todo fue muy rápido e inesperado, casi demasiado rápido, porque había doblado sus dedos formando la señal para amistades femeninas; pero lo corrigió pronto, porque era un hombre. Germyn lo conocía bien; era el Ciudadano Boyne; habían compartido la Observación del Hielo en Niágara, el año anterior.

A pesar del desconcierto inicial Germyn se había recuperado velozmente.

—Hay estrellas, pero ¿habría estrellas si no tuviéramos Sol? —improvisó, lamentando que los resultados no fueran más satisfactorios, aunque no le cabía duda que Boyne lo recogería y lo haría mejorar; Boyne siempre había sido muy bueno, muy gracioso.

Pero se equivocó.

—Buenos días —repitió débilmente. Boyne miró las estrellas sobre su cabeza, como tratando de averiguar de qué estaba hablando Germyn. Se quejó con tono acusador, con una inflexión amarga:

—No hay ningún Sol, Germyn. ¿Qué opinas tú de eso?

—Ciudadano, quizá tú... —balbuceó Germyn.

—¡No hay Sol! ¿Me oyes? —El hombre estaba sollozando—. Hace frío, Germyn. Los de la Pirámide no van a darnos otro Sol, ¿sabes? Van a matarnos de hambre, a helarnos, van a acabar con nosotros. ¡Estamos perdidos! —Casi vociferaba. Arriba y abajo, a lo largo de la calle Pine, la